

MILENA BUSQUETS

LA "GUAPA GENTE" CATALANA QUE ARRASA EN MURCIA

Acaba de publicar 'Gema', su segunda novela, que llega seis años después del éxito en su debut. Hija de la editora Esther Tusquets, no esconde su vida acomodada y despreocupada en Barcelona.

POR JAVIER BLÁNQUEZ



Arriba, Milena Busquets en una imagen de 2015, en la promoción de 'También esto pasará'. Abajo, la autora junto a su madre, la editora Esther Tusquets.

BALIELLAS / COGOLLUDO

LA LITERATURA, SALVO QUE la practiquen los dandis o Carmen Posadas, suele ser una actividad muy poco chic, pero luego llega Milena Busquets (49) y consigue que lo parezca. Será porque, como le confesaba a Manuel Jabois en una entrevista a propósito de su tercera novela, *Gema* (Anagrama, 2021), a ella nunca se le ocurriría dárseles de escritora, que es una vulgaridad. Escribir es un oficio sacrificado, generalmente ingrato, que envenena el ego más que lo alimenta, y ella, se entiende, es más de la filosofía de Epicuro. Preferiría estar en *La dolce vita* de Fellini antes que frente al ordenador; sólo escribe si ha tocado fondo y necesita la catarsis.

Esa evanescencia, propia de la falsa bohemia con cuenta bancaria saneada, es uno de los aspectos que han hecho de Busquets una escritora de éxito, la que más se pone de moda y se *instagramea* desde que dio la campanada con *También esto pasará* (2015), una historia basada en la experiencia traumática de la muerte en 2012 de su madre, la editora Esther Tusquets. Con prosa lírica y escapista, salticó el libro de confesiones sexuales y vislumbres de sus temporadas de ausente de chica bien en Cadaqués, el Capri de verano de la burguesía barcelonesa, y conectó con muchos

anhelos aspiracionales. Aquella novela, algo *lampedusiana*, activaba la fantasía de vivir en un mundo tan glamouroso como terminal.

Antes de publicar *También esto pasará*, Milena sólo era conocida en el mundo editorial de Barcelona, al que había accedido por línea familiar. Su madre recibió en 1966 el sello Lumen, y allí editó las tiras de Mafalda, *El nombre de la rosa* y a poetas como Neruda o Gil de Biedma. Formaban una familia culta –el padre, Esteban Busquets, fue un poeta notable, su tío Óscar Tusquets es un afamado arquitecto–, acaudalada y conectada con la intelectualidad barcelonesa. De niña, entre visitas de Carlos Barral o Alberti, Milena respiraba literatura.

Su madre le llamó así por la enamorada epistolar de Kafka. En su segundo libro de memorias, *Confesiones de una vieja dama indigna* (Bruguera, 2019), Tusquets añadía que eligió el nombre en Venecia, "tras comer espaguetis carbonara en La Colomba y pasarnos las horas muertas en el Florian". La hija salió huesuda y pecosa, desarrolló con los años un perfil a lo Uma



Thurman y, como la madre, se enamoró de los hombres y de los libros.

Trabajó en Lumen, leyendo y opinando sobre futuras publicaciones. Contaba Tusquets que fue Milena quien le empujó a publicar *El diario de Bridget Jones* (1996), el gran éxito de la editorial antes de que la absorbiera el grupo Mondadori. Publicó en 2008 una primera novela que se vendió poco; quienes la han leído la tachan de cursi y primeriza, así que su olfato no era perfecto, aunque tuviera buenas intuiciones. En-

cabezó por aquel tiempo una editorial, RqueR, que tampoco funcionó.

Entre tanto, buscó el amor sin llegar a encontrar al hombre de su vida, coleccionando amantes y exes

–habla mucho de esa vorágine sexual en sus libros, como una Catherine Millet posadolescente en la Costa Brava–, y con el cambio de siglo tuvo dos hijos con dos hombres distintos, a los que les puso nombres épicos, Noé y Héctor. No tenía que escribir, ni que preocuparse, cenaba en Giardinetto y compraba en boutiques del Paseo de Gracia. Le sobra, como ahora, el tiempo. Cuenta que en estos últimos meses su principal actividad ha sido leer con atención a Virginia Woolf.

Tras la publicación de su segundo libro, a Busquets se le preguntaba por dos cosas: por la relación con su madre, no siempre idílica –hubo afecto y complicidad, pero también desatenciones y ausencias; sus confesiones honestas, al parecer, sentaron mal en la familia–, y su condición de heredera de un capital intelectual y económico holgado.

No soy una pija, decía, ni una pobre niña rica. Defendía que su éxito literario no se debía a ningún enchufe.

Sostiene, por ejemplo, que en Barcelona es un elemento de lo que Umbral llamaba "la guapa gente", pero nadie sabe quién es en Murcia, y en Murcia vende muchísimo. Allí nadie se preocupa por la *gauche divine*, esa élite intelectual catalana de los 60 que socializaba en Boccaccio, garito famoso por su buen alcohol y la calidad del *popper*, y de la que ella descende. Si leemos los artículos que publicó en *El Periódico* –merecen la pena, están reunidos en el libro *Hombres elegantes* (2019)–, transmite nostalgia por un mundo ritualizado, feliz, quizá ya perdido.

En su última novela, *Gema*, regresa al pasado. Es otra historia de muerte e inocencia que combina el fallecimiento de su padre, cuando ella tenía 16 años, con el de una compañera de instituto –estudió en el exclusivo Liceo Francés de Sarrià–, a la que le diagnosticaron leucemia, desapareció y dejó flotando un misterio a lo *Picnic en Hanging Rock*. Otra vez, una pieza breve, elegante, envuelta en ese falso morbo que acaso transmite involuntariamente Milena, y que nos da el capricho de estar, por unas horas, en compañía de gente guapa e interesante.